

del antiguo parentesco, ni los lazos de la reciente amistad, acometieron su principal ciudad y atacaron á Cádiz con el interés y empeño de quienes parecía mirar su conquista como la base del futuro señorío de toda España, que ya entonces sin duda entraba en sus proyectos y designios. Debieron, no obstante, encontrar poca resistencia en la metrópoli de las colonias hispano-fenicias, y hubo de costarles algunos meses de asedio, puesto que para derribar sus muros tuvieron que emplear una de las mas formidables máquinas de batir que conocieron los antiguos, el ariete, por primera vez mencionado en la historia (1). Mas al fin tomaron á Cádiz, y desposeionaron y lanzaron á los fenicios de la mas rica ciudad y del mas fuerte atrincheramiento que en España tenían, y que ya

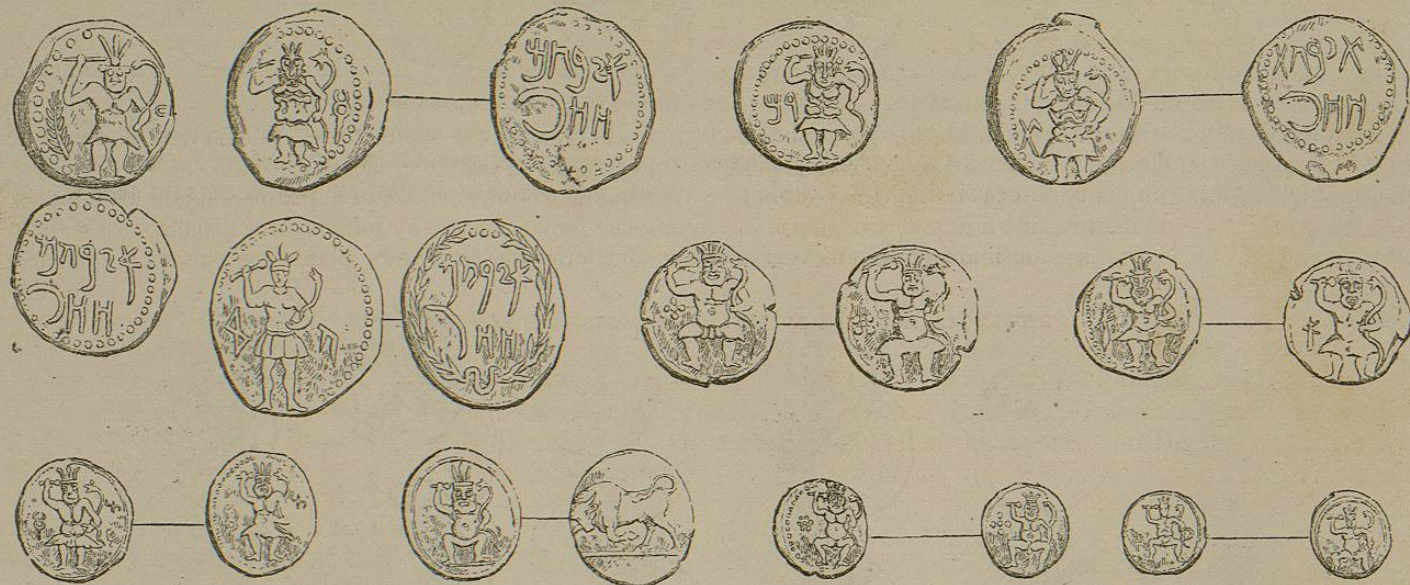
no trataron de recobrar. Con esto acabó su dominacion en la Península ibérica. ¡Felonia insigne de parte de los cartagineses, de que mas adelante habian de dar aquellos africanos mas de un ejemplo! Sucedió esto á los 252 años de la fundacion de Roma, y 501 antes de J. C.

Dueños los cartagineses de Cádiz, fuéles ya fácil extenderse por el risueño litoral de la Bética. Su sistema era ir asegurando militarmente las posesiones que adquirían, fortificándolas y poniendo en ellas guarniciones. Hubieran acaso emprendido entonces la conquista del país, si las guerras en que por otras partes andaban envueltos no les hubieran movido á diferir este pensamiento para ocasion mas oportuna. Antes calculando que la amistad y alianza de los españoles podría servirles

ISLAS BALEARES—INSULA MINOR (MENORCA)—MONEDAS FENICIAS
Plata



Cobre



de gran provecho y ayuda para las empresas en que la república andaba por otras regiones empeñada, estrecharon con ellos relaciones y tratos y fingiéronse amigos, hasta el punto de conseguir de los incautos y crédulos españoles que les facilitasen riquezas y soldados.

Habíanselo dedicado los cartagineses á dilatar su imperio y dominacion por el Mediterráneo, donde tenían los griegos numerosas y ricas colonias, y por lo tanto veían estos con recelo y de mal ojo el afán con que los de Cartago pretendían el señorío de aquellos mares, y temían la rivalidad de un pueblo conocido ya por su poder y por su crueldad fría y calculada. Desde 550 hasta 480 antes de J. C. aparecen poseionados de Cerdeña; y aliándose con los tirrenios, arrojan tambien de Córcega á los griegos focenses, obligándolos á refugiarse entre sus hermanos de Marsella; y revolviendo despues contra los mismos tirrenios sus aliados, cuyos progresos marítimos veían con envidia, los atacan á su vez y les toman todas sus posesiones insulares del Mediterráneo. Aparecen tambien sometidas á su dominio las islas Gymnesias ó Baleares, no sin que les costara ser alguna vez rechazados á pedradas por sus célebres honderos (2).

Entonces fué cuando las colonias griegas de España comenzaron á temer la peligrosa rivalidad de los cartagineses, y se dispusieron á aliarse con los romanos, que ya en aquel tiempo se mostraban poderosos, y ya se habian encontrado en los

(1) Vitruv. l. N., c. 19.

(2) Herodot. lib. I. Estrabon, lib. III. Diod. Sic. lib. V.

mares con los cartagineses. Debemos al griego Polibio el conocimiento del mas antiguo tratado que la historia menciona entre los dos pueblos (4). Sin embargo, ni en esta estipulacion ni en otra que se celebró despues se menciona á España. Acaso entraba en la recelosa y reservada política de los cartagineses no llamar sobre ella la atencion de los romanos.

(3) Las monedas que solo están representadas por una de sus áreas, tienen la otra igual á la correspondiente de la moneda anterior.

(4) La letra del tratado traducida del latin bárbaro, decia así: «Entre los romanos y sus aliados y entre los cartagineses y los suyos habrá alianza bajo las siguientes condiciones: que los romanos ni sus aliados del Latium no navegarán mas allá del gran Promontorio, á no ser que á ello se vean obligados por sus enemigos ó arrojados por las tempestades: que en este último caso no les será permitido comprar ni tomar nada, sino lo precisamente necesario para avituallar sus naves ó para el culto de los dioses, y que no podrán permanecer mas de cinco dias: que los que vayan á comerciar no podrán concluir negociacion alguna sino en presencia de un pregonero y un notario: que todo cuanto se venda delante de estos testigos se considerará bajo la seguridad de la fe pública, ya se verifique en el mercado de Africa, ya en el de Cerdeña: que si algunos romanos arriban á la parte de la Sicilia que se halla sometida á Cartago, gozarán de los mismos derechos que los cartagineses: que estos por su parte no inquietarán de modo alguno á los anciotas, los ardeanos, los laurentinos, los circceyanos, los terracineses ni otro alguno de los pueblos latinos que obedezcan á los romanos: que si hay algunos que no estén bajo la dominacion romana, los cartagineses no combatirán sus ciudades: que si toman alguna, la entregarán á los romanos sin restriccion: que no construirán fortalezas en el país de los latinos, y que si entran armados en una plaza, no pasarán en ella la noche.» Polib. lib. III.

En el año 480, famoso por la expedicion de Jerjes, hallaron buena ocasion los de Cartago para batir el poderío marítimo de los griegos, valiéndose de la alianza de aquel poderoso rey para ingerirse de su cuenta en Sicilia, de donde tuvo principio aquella larga serie de guerras sicilianas, de que á nosotros no nos toca sino apuntar la parte que en ellas cupo á los españoles. Durante aquellas sangrientas luchas no cesaron los cartagineses de levantar gente en las provincias de España, prestándose los españoles con increíble generosidad á servirles de auxiliares. Así vemos en 413 á Aníbal Gisgon venir á España en busca de socorros para acometer á los siracusanos. En 411 ser los españoles los primeros en dar el asalto á Selimonte como auxiliares. En 396 acudir un considerable ejército español para reparar sus pérdidas de Sicilia (1). Así mas adelante los vemos en el sitio de Agrigento dar la victoria á los cartagineses, cuando ya los llevaban en derrota las tropas del tirano Dionisio. Así todavía despues hallamos á un senador de Cartago recurriendo de nuevo á España en demanda de socorros con que poder indemnizarse de los desastres de Sicilia. ¡Triste suerte la de España, estar sacrificando á sus hijos en lejanas tierras en favor de fingidos aliados, á quienes daban triunfos, para que vinieran despues á imponerles el yugo de su tiranía!

En aquella misma Sicilia estalló en 264 una lucha de que habia de depender mas tarde la suerte de España. Hallábase entonces aquella isla dividida entre los cartagineses, los siracusanos y los mamertinos. Apurados estos por Geron, rey de Siracusa, iban á entregarle su última ciudad, cuando receloso Aníbal, general entonces de los cartagineses, del creciente poder de Geron, envió tropas á Messina. Colocados así los mamertinos entre dos enemigos poderosos, en su conflicto, como campanios que eran, pidieron auxilio á Roma. Tal fué el origen de la primera guerra púnica, que duró 24 años, y que despues de mucha sangre vertida, costó á los cartagineses tesoros inmensos y la pérdida de Sicilia y Cerdeña, de donde tuvieron que salir ajustada una paz bajo durísimas condiciones.

Dos propósitos formaron entonces los cartagineses: el de indemnizarse en España de las pérdidas y desastres de Sicilia, y el de buscar en esta region un nuevo campo en que vengarse de los romanos sus vencedores. Lo primero lo exigía la necesidad, lo segundo el orgullo humillado de la república. Resolvióse, pues, la conquista de España.

Pero antes tuvieron los cartagineses que dar cima á otra guerra que se suscitó en su propio país, la guerra de los mercenarios. Debemos decir dos palabras de lo que fué esta guerra horrible. Ella nos dará idea del carácter de los que vinieron en seguida á dominar nuestro suelo.

Ajustada con Roma la paz de Sicilia, Cartago trató de licenciar las tropas mercenarias, que le eran ya gravosas. Amotináronse estas reclamando sus sueldos atrasados. Aquellas feroces bandas, procedentes de diferentes pueblos, que se expresaban en multitud de idiomas, excitaron y arrastraron tras sí á las ciudades africanas, irritadas entonces por el exceso de los tributos. Juntáronse, pues, á los veinte mil estipendiarios sesenta mil africanos, y Cartago se vió asediada por este ejército formidable de rebeldes. Encomendó el senado su salvacion á Amílcar Barca, que se habia distinguido en las guerras de Sicilia. Amílcar soborna con dinero á los nómadas, y priva á los rebeldes del auxilio de la caballería; pero irritados estos, aprisionan á Gisgon que habia ido á tratar con ellos, y mutilándole y desjarretándole, lo mismo que á otros setecientos cartagineses, los precipitan en el fondo de un abismo. Amílcar, por vía de represalias, arroja á las fieras todos sus prisioneros, y cercando á los rebeldes, los reduce al extremo de devorarse de hambre unos á otros. En tan apurado trance acuden los jefes á Amílcar en solicitud de paz. Amílcar la otorga á condicion de que le entreguen en rehenes las diez personas que él escogiera. Convenido que hubieron aquellos, «pues bien, les dijo Amílcar, las diez personas sois vosotros.» y apoderándose de ellos los hace crucificar. Privados los rebeldes de sus caudillos, fueron degollados hasta cuarenta mil. Otros sirvieron de di-

(1) Diod. Sicul. lib. II.

version á los habitantes de Cartago, que en sus espectáculos gozaban con la muerte horrorosa que les hacían sufrir. Así terminó la famosa y horrible guerra de los mercenarios (2).

Concluida la cual, y en el año 238 antes de nuestra era, acordó el senado enviar á aquel mismo Amílcar Barca á la conquista de España, donde hasta entonces se habian limitado los cartagineses á fundar colonias en el litoral, y á servirse de las alianzas con los pueblos ó tribus comarcanas para reclutar auxiliares y enviarlos á la expedicion de Sicilia.

CAPÍTULO III

Amílcar. Asdrúbal. Aníbal

DE 238 ANTES DE J. C. Á 219

Conquistas de Amílcar.—Fundacion de Barcelona.—Guerras con los indígenas.—Triunfos del cartaginés.—Es derrotado.—Su muerte.—Suécdele Asdrúbal.—Su conducta en España.—Fundá á Cartagena.—Es asesinado por un esclavo.—Aníbal.—Retrato moral de este famoso guerrero.—Subyuga á los olcadas, arevacos, carpetanos y vacceos.—Amenaza á Sagunto.—Pretexto de la guerra.—Embajada de los saguntinos á Roma.—Su resultado.—Conducta del senado cartaginés.—Guerra saguntina.—Heroicidad asombrosa de los saguntinos.—Combates.—Destruction de la ciudad.—Último ejemplo de heroísmo.—Inexcusable proceder de Roma.

Era llegado para los cartagineses el momento de emprender seriamente y á las claras la conquista de España. Roma los habia privado de una Sicilia, y necesitaban oponer una España á Roma.

Rápidas y activas fueron las primeras operaciones de Amílcar. En el primer año recorrió la Bética por las partes de Málaga, Córdoba y Sevilla, imponiendo tributos á nombre de Cartago. Al siguiente dirigió sus armas á la costa oriental, y sujetó á los bastetanos y contestanos, pueblos hoy de las provincias de Almería, Múrcia y Valencia. Enviáronle los saguntinos una embajada, ó recordándole ó haciéndole saber que eran aliados de los romanos. No faltarian al cartaginés deseos de acometer á Sagunto, por la misma razon que ella exponía para ser respetada; mas no pareciéndole todavía tiempo y sazón para inquietar á las colonias griegas aliadas de Roma, disimuló por entonces, y prosiguió hácia el Ebro, donde se detuvo á celebrar con fiestas y regocijos las bodas de su hija Himilce con Asdrúbal su deudo.

Importábale principalmente á Amílcar la ocupacion del litoral para sostener el comercio marítimo de que era tan cuidadosa Cartago. Hasta entonces habia seguido la política de no atacar á los que á él no le hostilizaban. Conveniale mostrarse dispuesto á hacer alianzas, y no desechaba las que se le ofrecian.

Desde el Ebro prosiguió con su gente hácia los Pirineos, y en la region de los laletanos echó los cimientos de Barcelona, que el fundador llamó Barcino, nombre patronímico de su linaje.

Llevaba ya el pensamiento de hacer la guerra á Italia tan luego como acabara de sujetar la España (3), y por lo mismo procuró desde aquellos puntos ganarse á fuerza de oro y de dádivas las voluntades de los galos, cuya amistad conocía de cuánto provecho podria serle para cuando llegara aquel caso. Mas de todos estos pensamientos vino á distraerle la noticia de que los tartesios y los célticos del Cunéo se habian levantado con propósito de defender su independencia amenazada. Capitaneábalos Istolacio, varon principal entre ellos. Acudió Amílcar, los derrotó, devastó sus campos y condenó á Istolacio al suplicio de cruz. Entróse luego por las tierras de los lusitanos y de los vettones, donde en lugar de aliados encontró tambien cincuenta mil combatientes que le esperaban mandados por Indortes. No fué menos feliz el cartaginés en esta segunda campaña que en la primera. Mas fogosos aquellos españoles que hábiles y diestros para resistir á tropas disciplinadas, fueron igualmente arrollados. Asustó ya, no obstante, á Amílcar la energía feroz de aquellos bárbaros. Grande debió

(2) Polib. lib. I.

(3) *Cum in Italiam bellum inferre meditaretur.* Cornel. Nep.

ser el número de prisioneros, cuando se cuenta que dió libertad á diez mil, acaso por atraer aquellas gentes ostentándose generoso, acaso tambien por desconfiar de ellos. Indortes, que habia podido huir, cayó despues en poder de los cartagineses, que le hicieron sufrir muerte de cruz como á Istolacio. Primeras y desgraciadas tentativas de independencia.

Triunfante Amílcar, revolvió otra vez sobre la costa oriental, donde habia hecho construir una fortaleza, que por estar sobre una roca blanquecina se llamó Acra-Leuka, donde hoy está Peñíscola. Allí tenia sus arsenales y almacenes, sus elefantes y municiones. Desde allí se comunicaba libremente con Cartago, y mantenía en respeto las colonias marsellesas de los griegos, aliados de Roma. Allí crecía el jóven Aníbal, su hijo, á quien habia traído consigo de edad de nueve años. Pronto iba á encontrar Amílcar resistencia mas vigorosa que la que habia hallado hasta entonces.

Bloqueaba el cartaginés una ciudad nombrada *Helice* ó *Véllice*, la antigua *Bellia*, que creemos con fundamento fuese Belehite (1). Llamaron los beliones en su socorro á otros celtíberos, que á su llamamiento acudieron á darles ayuda. Uno de sus caudillos ó régulos, nombrado Orisson, fingióse amigo y auxiliar de Amílcar, y pasó á su campo con un cuerpo de tropas, pero con la intencion y designio de volverse contra él cuando viese ocasion y oportunidad. Notable y extraña fué la estratagemata de que los españoles entonces se valieron. Delante de las filas colocaron gran número de carros tirados por bravos novillos, á cuyas astas ataron haces embreados de paja ó leña. Encendiéronlos al comenzar la refriega, y furiosamente embravecidos los novillos con el fuego, metiéronse por las filas de los cartagineses que enfrente tenían, causando horrible espanto á los elefantes y caballos y desordenándolo todo. Cargan entonces los confederados sobre el enemigo, y aprovechando Orisson el momento oportuno, únese á los celtíberos y hace en los cartagineses horrible matanza y estrago. El mismo Amílcar pereció, segun unos ahogado con su caballo al atravesar un rio, segun otros peleando con los beliones (2). Los restos del ejército cartaginés se refugiaron á Acra-Leuka.

Así pereció Amílcar, despues de haber empleado cerca de nueve años en la conquista de España. Gran capitán era Amílcar, y su muerte no causó poca pesadumbre á los soldados, que reunidos en Acra-Leuka, nombraron por sucesor suyo á Asdrúbal, su yerno. No hubo la misma conformidad de pareceres en el senado cartaginés, dividido como estaba entre las dos celosas y rivales familias de los Hannon y los Barca. Prevalció al fin despues de acalorados debates el partido de estos últimos, como en todas las deliberaciones acaecia, y Asdrúbal quedó nombrado gobernador de España.

Deseoso Asdrúbal de vengar la muerte de su suegro y de castigar la traición de Orisson, entróse por las tierras de Hélice llevándolo todo á sangre y fuego, y tomó varias ciudades. Créese que Orisson cayó en su poder, y que el cartaginés logró satisfacer su venganza: la historia no vuelve á hablar de aquel caudillo. Pero bien fuese que la resistencia de los pueblos del interior obligara á Asdrúbal á ajustar tratos de paz, bien que entrara en su sistema granjearse con la afabilidad y la política á sus moradores, dióse á entablar con ellos alianzas, y mas que de adquirir cuidó de asegurar las posesiones cartaginesas.

Quiso erigir en frente de Africa una nueva Cartago, una Cartago española, que fuese la cabeza y asiento del gobierno en estas provincias, y fundó á Cartagena, plaza importante de guerra, y puerto cómodo para el comercio con la metrópoli.

Temiendo entonces las colonias griegas del Mediterráneo la

(1) El historiador Romey supone que fuese *Illici*, hoy Elche, equivocando á *Illici* con *Hélice*.

(2) No con los *vettones*, como sienta Cornelio Nepote, que escribió *betones* y *betones* por *beliones*.

Un historiador extranjero se admira de que los españoles condenen por desleal la fingida alianza y la conducta de Orisson con unas gentes para quienes todos los medios de conquista eran buenos. Los españoles reprobamos siempre las traiciones, de donde quiera que vengan, sin que desconozcamos que no era muy digno de ser tratado con lealtad el que tan alevosamente se habia apoderado en Africa de los jefes de los mercenarios y tan cruelmente los sacrificó.

peligrosa vecindad de tan poderoso enemigo, solicitaron la proteccion de Roma, que viendo ya con celos los progresos de la república cartaginesa en España, oyó fácilmente sus votos, y envió una embajada á Cartago para obtener un tratado que diese seguridad á los pueblos que bajo su alianza vivian. Estipulóse, pues, un concierto entre Cartago y Roma, por el que se fijaba el Ebro por término y límite á las conquistas cartaginesas en España, y obligábanse además los cartagineses á respetar y mantener inviolables la libertad y territorio de Sagunto y demás ciudades griegas.

Comprometido así Asdrúbal por todos lados con recientes capitulaciones, no intentó nuevas conquistas sobre los indígenas. No sabemos hasta qué punto hubiera respetado aquel convenio si hubiera alcanzado mas larga vida. Abreviósele el esclavo de un noble celtíbero, que en venganza de la muerte que el cartaginés habia dado á su señor, al cual unos nombran Tago y otros opinan fuese el mismo Orisson, dió de puñaladas á Asdrúbal al mismo pié de los altares en que se hallaba sacrificando. Duró cerca de ocho años el gobierno de Asdrúbal en España.

Muerto Asdrúbal, el ejército y el senado anduvieron acordes en nombrar sucesor á su hijo Aníbal, que contaba entonces sobre veintiseis años de edad, á quien su padre habia hecho jurar de niño sobre los altares de los dioses odio eterno é implacable á Roma.

Educado entre el ruido de las armas, endurecido su cuerpo en el ejercicio de la guerra de España, su maestra en el arte militar, como la llama Floro, codicioso de gloria, de ánimo arrogante y esforzado, tan sereno en los peligros como audaz en los combates, tan enérgico como prudente y tan avisado como brioso, reconocido por el mejor jinete y por el mejor peon de todo el ejército, tan hábil para formar el plan de una expedicion como activo para ejecutarle, tan dispuesto á saber obedecer como apto para saber mandar, tan paciente y sufrido para el frío y el calor como sobrio y templado en el comer y en el beber, modesto en el vestir y acostumbrado á dormir sobre el duro suelo, el primero siempre en el ataque y el último en la retirada, con aventajada y sobresaliente disposicion para las cosas mas inconexas, no pudiera la república haber encomendado á manos mas hábiles y dignas la suerte de las armas y el engrandecimiento de sus conquistas: que la crueldad de que se le acusa, la deslealtad y la perfidia, la falta de temor á los dioses y de respeto á la religion y á la santidad del juramento, no debian servir de reparo y escrúpulo al senado cartaginés, con tal que en pro de la república lo empleara (3).

Necesitaba Aníbal un vasto campo en que desplegar sus grandes dotes de guerrero. Odiaba á Roma, y deseaba abatir su orgullo. Habia en Cartago una faccion rival de su familia, y conveniale acallarla con hechos brillantes. Sin embargo, como la grande empresa que contra Italia meditaba exigía prudencia y preparacion, antes de medir sus fuerzas con Roma quiso mostrarse señor de España, y á este fin y al de ejercitar sus tropas é imponer ú obediencia ó respeto á los naturales, llevó primeramente sus armas contra los olcadas, que habitaban á las márgenes del Tajo, y los subyugó fácilmente. Internóse en otra segunda expedicion en las tierras de los carpetanos y de los vacceos, taló sus pingües campos, rindió varias ciudades, y llegó hasta Elmantica ó Salamanca, cuyos habitantes obligó á huir con sus mujeres y sus hijos á las vecinas sierras, de donde luego los permitió volver bajo palabra de que servirían á los cartagineses con lealtad. De vuelta de esta expedicion pasó á la capital de los arevacos, que tomó tambien. Mas cuando cargado de despojos regresaba de todas estas excursiones á Cartagena, atreviéronse á acometerle á las orillas del Tajo los olcadas y carpetanos en bastante número reunidos, y aun le desordenaron la retaguardia y rescataron gran parte del botín. Triunfo que pagaron caro al siguiente dia, en que Aníbal les hizo ver bien á su costa cuán superiores eran las tropas disciplinadas y aguerridas á una multitud falta de organizacion, por briosa que fuese, que

(3) Tito Livio nos dejó el retrato moral de Aníbal en el lib. XXI, c. 4, de donde le hemos tomado.

lo era en verdad; y en las páginas de Polibio quedaron consignados elogios grandes del valor y arrojo que en aquella ocasion mostraron los españoles.

Pero estas pequeñas conquistas no eran sino los preludios de la gigantesca empresa que en su ánimo traía, la de medir sus armas con los romanos, y atacar á Roma en el corazon mismo de la Italia. Faltábale un pretexto, y le tomó de las diferencias en que sobre límites de territorio andaban tiempo hacia envueltos los de Sagunto con sus vecinos los turbotetas (1). No era Aníbal hombre de quien se pudiera esperar que respetara las obligaciones del asiento con que las dos repúblicas se habian comprometido respecto de Sagunto; de presumir es que le hubiera quebrantado de todos modos, pero cuadrábale bien encontrar algo con que poder cohonestar la guerra, y declarándose en favor de los de Turba escribió al senado pintando á los saguntinos como injustos inquietadores de sus vecinos y como infractores del tratado, ó acaso mas bien como instigados secretamente por Roma, interesada en turbar la paz de sus aliados, pidiéndole al propio tiempo autorizacion para vengar la injuria de Sagunto. Otorgósele el senado, y aprestóse el ambicioso general á la campaña.

Viéndose amenazados los saguntinos, enviaron legados á Roma, exponiendo la congoja en que por su alianza se hallaban, y reclamando su auxilio. Contentóse el senado romano con expedir una embajada á Aníbal recordándole el respeto que debia á una colonia aliada suya y requiriéndole de paz. Mas antes de tener efecto esta resolucion, supose en Roma que ya Aníbal se hallaba ante los muros de Sagunto, con un ejército que Tito Livio hace subir á ciento cincuenta mil hombres, provisto de todo genero de máquinas é ingenios de guerra. Con esta nueva apresuróse Roma á enviar diputados al campamento de Aníbal para que protestaran contra tan inicua agresion, y si continuaba las hostilidades reclamasen al senado cartaginés su persona como infractor de los tratados. Aníbal entre tanto atacaba con el ardor y fogosidad de un jóven guerrero, y los saguntinos se defendian con valor y denuedo prodigioso. Cuando llegó la embajada, dió á los legados una respuesta ó evasiva ó dilatoria, y los envió á que expusieran su agravio ante el senado, de quien no obtuvieron mas favorable acogida.

Continuando Aníbal el asedio, hacia jugar contra los muros de Sagunto todas las máquinas de batir. No solo contestaban los sitiados con armas arrojadas, sino que hacian salidas vigorosas que solian costar mucha gente y mucha sangre á los cartagineses. Un dia quiso Aníbal hacer alarde de confianza, y acercándose imprudentemente al muro, asestáronle un dardo, que clavándosele en la parte anterior del muslo le hizo caer en tierra. Por algunos dias, mientras el general se curaba de su herida, se suspendió la lid, pero no las obras de ataque. Aprovechando esta ocasion los saguntinos, despacharon segunda embajada á Roma apretando por el envío de pronto socorro, porque era urgente su necesidad. Otra vez se contentó el senado romano con enviar legados á Aníbal, que en su mal humor ni siquiera se dignó recibirlos, limitándose á hacerles entender que no era prudente para ellos acercarse al campamento, ni ocasion para él de atender á embajadas: con lo que hubieron de reembarcarse para Cartago á exponer de nuevo al senado su querrela.

Eran los momentos en que, restablecido el general africano de su herida, habia vuelto con mas furor al ataque, jurando no darse reposo ni descanso hasta ser dueño de la ciudad. Los arietes y las catapultas iban derribando las torres y las cortinas del muro, mas cuando los cartagineses creian poder penetrar en la ciudad por anchas brechas abiertas, hallaban á los saguntinos parapetados en los escombros, ú oponiéndoles sus pechos sobre las mismas murallas, ó echando mano á la terrible arma llamada *falárica*, hacian estrago grande en los sitiadores y solian rechazarlos y reducirlos á su campamento.

Debatíase en tanto en el senado cartaginés la reclamacion

(1) No los turdetanos, como escribió por equivocacion Tito Livio, á quien siguió en el mismo error Mariana. Los turdetanos estaban demasiado distantes para haber entre ellos y los saguntinos cuestiones sobre lindes de territorio.

de los enviados del de Roma. No faltaron senadores que hablaron enérgicamente contra la conducta de Aníbal y del senado mismo. «Antes de ahora os he advertido muchas veces, decia Hannon, y os he suplicado por los dioses, que no pudieseis al frente de los ejércitos ningun pariente de Amílcar, porque ni los manes ni los hijos de este hombre pueden jamás estar quietos: y no debeis contar con la observancia de los tratados y de las alianzas mientras viva algun descendiente ó heredero del nombre de los Barcas. Habeis, no obstante, enviado al ejército de España un general jóven, ansioso de mandar, y que conoce muy bien que el medio mas seguro de conseguirlo, despues de terminada una guerra, es derramar las semillas de otra para vivir siempre entre el hierro y las legiones, con lo que habeis encendido un fuego que en breve os ha de abrasar. Vuestros ejércitos están en torno de Sagunto, de donde los arrojan los pactos y convenciones que habeis hecho, y no se pasarán muchos dias sin que vengan las legiones romanas á sitiár á Cartago, guiadas y protegidas por los mismos dioses, con cuyo auxilio se vengarán de la fe burlada del primer tratado en que fundais vuestra confianza.... La ruina de Cartago (decia despues), y ojalá sea yo un falso profeta, caerá sobre nuestras cabezas, y la guerra que hemos emprendido y comenzado con los saguntinos tendremos que acabarla con los romanos.... (2).»

Pero la voz de Hannon se ahogó como siempre entre la mayoría del partido de los Barcas, y el senado dió por toda respuesta que las cosas habian llegado á aquel extremo, no por culpa de Aníbal, sino de los saguntinos. Con lo que el general cartaginés continuó obrando, mas robustecido de autoridad, si alguna le faltaba, y con aquella fuerza indomable de voluntad en que nadie excedió á aquel insigne africano.

Un reposo momentáneo habian gozado los de Sagunto, mientras Aníbal hubo de acudir á sosegar á los oretanos y carpetanos, que se habian alterado y tomado las armas por el rigor que los cartagineses empleaban para levantar gente en aquellas tierras. Pero tardó poco en sujetarlos, y volvió á dirigir el sitio en persona. Hizo arrimar á la muralla una gran torre de madera que excedia en altura á los mas elevados muros de la ciudad. Llovian desde ella sobre los sitiados dardos y venablos y todo género de proyectiles. A los continuados golpes de los arietes, de las catapultas y ballestas caian con estrepito desplomados los muros, sin que por eso los bravos saguntinos desmayaran, ya levantando nuevas torres, ya retirándose al centro de la ciudad, que iba quedando reducida á estrechísimo recinto, y defendiéndose heroicamente parapetados en los escombros de las murallas y de sus casas mismas. Acosábalos ya tanto el hambre como el hierro enemigo. Tan congojosa extremidad movió los corazones de dos hombres generosos, cuyos nombres celebramos nos haya conservado la historia, Alcon y Aloreco, saguntino el primero, español el segundo que servia en las filas de Aníbal, los cuales sin conocimiento de los sitiados y obedeciendo solo á su buen deseo, entablaron tratados de paz con los cartagineses. Mas las condiciones que estos exigian eran tan duras y parecieron á los saguntinos tan humillantes, que cuando les fueron noticiadas llenáronse de santa indignacion y enojo. Entonces fué cuando formaron la resolucion heroica de perecer antes que sucumbir y de darse á sí mismos la muerte antes que sufrir la esclavitud. Diéronse á recoger cuanto oro y plata, y cuantas alhajas y prendas de valor en sus casas tenian, y prepararon en la plaza pública una inmensa hoguera.

Pero antes, segun Appiano nos refiere, quisieron hacer el último esfuerzo de la desesperacion en la única noche que ya les quedaba, intentando una salida vigorosa. Noche fué aquella de horrible carnicería y espanto, en que sitiadores y sitiados empaparon la tierra abundantemente con su sangre. No pudieron vencer los saguntinos, porque era ya imposible que venciesen, y recurrieron á la hoguera. Arrojárónse muchos á las llamas, que consumian alhajas y héroes á un tiempo. Imítábanlos sus mujeres, y algunas hundian antes los puñales en los pechos de sus hijos. Cuando entraron los cartagineses los sorprendieron en esta sangrienta tarea. Horror y espanto debió

(2) Tit. Liv. lib. XXI. c. 3.

causar su obra á los vencedores, á los dominadores de cadáveres, de ruinas y de escombros.

Así pereció Sagunto (1) despues de ocho meses de asedio (534 de Roma, 219 antes de J. C.). Primer ejemplo de aquella fiereza indomable que tantas veces habrá de distinguir al pueblo español (que por españoles contamos ya á los saguntinos, aunque griegos de origen, despues de mas de cuatro siglos que vivian en nuestro suelo, como nadie ha dudado llamar africanos á los cartagineses, por mas que fuesen una colonia de Tiro), y glorioso aunque triste monumento de la fidelidad que supieron guardar á los romanos (2). Fidelidad inmerecida, y borron eterno para Roma, que tan mal correspondió á tanta constancia y lealtad. Con razon murmuraban los romanos mismos la lentitud y apatía de un senado que malgastaba en embajadas y discursos el tiempo que hubiera debido emplear en enviar socorros. *Dum Romæ consulitur, Saguntum expugnatur*, se decia en Roma, y el dicho se hizo proverbial.

Ocupa hoy el lugar de la heroica y famosa Sagunto la ciudad de Murviedro en la provincia de Valencia, donde todavía se conservan restos y vestigios preciosos de su antigua grandeza; la historia conservará perpetuamente la memoria de su heroísmo.

CAPITULO IV

Anibal en Italia: los Escipiones en España

DE 219 ANTES DE J. C. Á 211

Declaracion de guerra entre Roma y Cartago.—Prodigiosa marcha de Anibal.—Los Pirineos.—Los Alpes.—Sorpresa de Roma.—Combates y triunfos de Anibal.—En el Tesino.—En Trébia.—En Trasimeno.—En Cannas.—Susto y terror de Roma.—Anibal en Capua.—Venida de Cneo Escipion á España.—Bate al cartaginés Hannon y le derrota.—Venida del cónsul romano Publio Escipion, hermano de Cneo.—Casi todos los pueblos de España se declaran por los romanos.—Los Escipiones se apoderan de Sagunto.—Angustiosa situacion de los cartagineses.—Se recobran y vencen en dos grandes batallas.—Masinisa.—Mueren los dos Escipiones.—Congoja de los romanos.—Arrojo y heroicidad de Lucio Marcio.—Hace cambiar de nuevo la suerte de las armas.—Claudio Neron en España.

Hondo disgusto y emocion profunda causó en Roma la noticia de la destruccion de Sagunto, que llegó al mismo tiempo que sus embajadores regresaban de Cartago. Figurábanse ya ver al intrepido africano franqueando los Alpes, y aun se le representaban á las puertas de la soberbia ciudad. Conocieron entonces de cuánto era capaz el jóven capitán cartaginés. Lo que al senado inspiró terror, produjo indignacion en los ciudadanos: acusábanle estos de haber sacrificado por su indolencia y flojedad una ciudad aliada y de haber comprometido el buen nombre de la república: difícilmente podia el senado justificarse de estos cargos. Era ya la guerra una necesidad; la guerra estaba en el sentimiento público, y pueblo y senado unánimemente la resolvieron.

Todavía sin embargo envió Roma nueva embajada al senado cartaginés para preguntar si la destruccion de Sagunto habia sido obra de Anibal solo, ó si habia obrado con acuerdo y de mandato de la república. Extraña insistencia, que solo puede comprenderse por el estudio y conato de Roma en hacer mas y mas patente á los ojos del mundo la justicia y fundamento de la guerra que iba á emprender. La respuesta no fué ni mas explícita ni mas satisfactoria que las anteriores. Entonces uno de los cinco enviados romanos, y á lo que parece el principal entre ellos, Quinto Fabio Máximo, plegando la halsa de su toga y extendiendo el brazo, «Senadores, les dijo, aquí os traigo la paz y la guerra; escoged.—Elige tú mismo, le respondieron á una voz.—Pues bien, elijo la guerra, contestó soltando el manto.—La aceptamos, exclamaron todos.» La segunda guerra púnica entre Roma y Cartago quedó declarada.

(1) Polibio, Appiano, Livio, Plutarco, Floro y otros.

(2) *Fidei erga romanos magnum quidem sed triste monumentum*. Flor. Epi. lib. II.

Vinieron entonces á España aquellos embajadores romanos al propósito de negociar alianzas con los naturales del país, y remontando por la ribera del Ebro, fácilmente se granjearon la amistad de los bargusios, pueblos cercanos á los ilergetes, que disgustados de la dominacion cartaginesa, deseaban cambiar y mejorar de fortuna. Otras pequeñas poblaciones y tribus de las márgenes del Ebro abrazaron á ejemplo de los de Bargasia el partido de Roma. No así los volcios, que con desdenosa mofa: «Id, les dijeron, id á buscar aliados allá donde la suerte de los saguntinos sea ignorada. Las ruinas de aquella desgraciada ciudad son para todos los pueblos de España una leccion saludable, que les enseña lo que se puede fiar del senado y del pueblo romano (3).» Dura y áspera respuesta, pero harto bien merecida, y en bocas rústicas admirable. Iguales ó parecidas contestaciones recibieron de otros pueblos de España. Disgustados de este desabrimiento los senadores, dejaron la Península, y partiéronse á la Galia Narbonense, donde en vano solicitaron tambien de aquellas gentes la declaracion de negar á Anibal el paso por sus tierras, si por acaso, como temian, se dirigiese por allí á Italia. Limitáronse los galos prudentemente á guardar neutralidad, sin dejar por eso de aparejarse en armas, y estar preparados para lo que acontecer pudiese; con lo que mas y mas desazonados aquellos negociadores, tuvieron por bien regresar á Roma por Marsella.

Anibal, retirado á cuarteles de invierno en Cartagena despues de la toma de Sagunto, habia concedido licencias temporales á sus tropas, con la órden de que se hallasen de nuevo reunidas en aquella ciudad en la primavera inmediata. Admirable organizacion de los ejércitos de aquel tiempo, en que siendo el servicio de las armas un contrato voluntario entre los soldados y los jefes, la religion del juramento era la que mantenía la disciplina. Aprovechó él mismo aquel descanso para ir á dar gracias á los dioses en el templo de Hércules de Cádiz, y ofrecerles nuevos sacrificios y votos para que le asistiesen propicios en la grande empresa que meditaba.

Hecho esto y llegada la primavera, reunidas otra vez en Cartagena sus tropas, enviados á Africa sobre quince mil españoles para que guarnecieran á Cartago, y traídos de allí casi otros tantos africanos para la defensa de España que encomendó á su hermano Asdrúbal, dejándole además cincuenta galeras que poder oponer á las fuerzas marítimas de los romanos, recogidos los rehenes de las ciudades confederadas en el castillo de Sagunto que confió al cartaginés Bostar, púsose en marcha á la cabeza de noventa mil peones, doce mil caballos y cuarenta elefantes. Franquea el Ebro con aquel formidable ejército compuesto de soldados de diferentes naciones: sujeta de paso á los ilergetes, á los bargusios, á los ausetanos y lacetanos: deja al cargo de Hannon la defensa de los países situados entre el Ebro y los Pirineos con un cuerpo de once mil hombres, entrega á Andubal, rico español con quien habia hecho amistad, los bagajes del ejército, y metióse por las asperas de aquellos montes. Supo allí que tres mil carpetanos, disgustados de verse llevar á tierras tan lejanas, habian abandonado sus banderas, y léjos de mostrar desazon por ello, licenció espontáneamente á otros siete mil españoles que conoció le seguian de mal grado, con cuyo ardor hizo entender que habia licenciado tambien á los primeros. Singular y astuta táctica la de aquel caudillo. Pasa pues los Pirineos, sujeta ó tranquiliza los galos de la vertiente septentrional, y campa á orillas del Ródano.

Verifica luego el paso de este rio, y se dispone á salvar los Alpes cubiertos de nieve (octubre de 218 A. de C.). Empresa espantosa, y hasta entonces sin ejemplo. Pero ni las nieves le acobardan, ni las inmensas rocas le asustan, ni le arredran los precipicios, ni le detienen las emboscadas que á cada paso le arman aquellos montañeses. De todo triunfa y todo lo arrolla, y todos le siguen; porque el dios de su patria (ha dicho) se le ha aparecido en sueños y le ha prometido la victoria, y trazándole las rosas de una serpiente el sendero que debe seguir. Remonta la cumbre de los Alpes, y enseña con alegría á los soldados las fértiles llanuras del Pó, y les señala el punto donde

(3) Polib. lib. III.

debe hallarse Roma. Desciende aquellos terribles desfiladeros, entra en el país de los taurinos, y baja hácia el Pó. Es la marcha mas atrevida de que nos da noticia la historia militar de la antigüedad. Anibal no la habia hecho impunemente: del grande ejército que habia sacado de Cartagena solo le quedaban veinte mil infantes y seis mil caballos (1). Pero eran soldados á prueba ya de fatigas y de intemperies, que léjos además de su patria necesitaban vencer ó morir: fiaban en la experiencia y el valor de su general; este contaba tambien con las buenas disposiciones de los galos en su favor; y por último, Anibal estaba en Italia, y veía cumplidos sus sueños dorados.

Roma no habia podido imaginar ni tanta audacia ni tanta rapidez. Créale, todavía en España. Asombrado se quedó el cónsul Escipion cuando supo que los cartagineses habian atravesado el Ródano. El primer pensamiento de Roma al declarar la guerra habia sido mandar un ejército á España al mando de Publio Escipion, otro á Africa y Sicilia al de Sempronio, y otro á la Galia Cisalpina al del pretor Manlio. Mas informado Escipion de la marcha de Anibal, y no habiéndole alcanzado ya en el Ródano, retrocedió á defender la Italia, y dividiendo su ejército y enviando la mayor parte de él á España al mando de su hermano Cneo Escipion, pasó á esperar á Anibal al pié de los Alpes. Encontráronse en el Tesino. Dióse un combate, en que quedaron derrotados los romanos y herido Escipion, que hubo de abrigarse en los muros de Plasencia.

Llamaron los romanos á Sempronio, que en Sicilia acababa de causar grandes descabros á los cartagineses. No tardó en hallarse Sempronio á presencia de Anibal á las márgenes del Trébia. Con la arrogancia del vencedor presentó Sempronio la batalla. Pronto hubo de arrepentirse de su imprudencia. Desbaratóle Anibal con pérdida de treinta mil combatientes. Tan señalado desastre produjo un terror pánico en los romanos, y movió una sublevacion general en la Galia Cisalpina. No vacilaron ya los galos en ponerse del lado de los cartagineses, y hallóse Anibal otra vez á la cabeza de noventa mil guerreros.

Dirigese despues hácia Arecio por el camino menos frecuentado. Vuelve á encontrar á los romanos; atrae al cónsul Flaminio (no menos presuntuoso que su predecesor) á una posicion desventajosa; fuérzale á aceptar la batalla, y un nuevo ejército romano es derrotado á orillas del lago Trasimeno (año 217.)

La noticia de este tercer desastre difundió el espanto en Roma. Creció el terror cuando el pretor Pomponio dijo á la asamblea del pueblo: «Romanos, hemos sido vencidos en un gran combate.» Acudieron entonces al remedio usado en los trances apretados y extremos, y fué nombrado dictador Quinto Fabio Máximo, llamado luego el *escudo de Roma*. Nombró este por general de la caballería á Quinto Rufo Minucio. Fueron consultados los libros de las Sibilas, y se votó una primavera sagrada. Era Fabio un general en todo diferente de Sempronio y Flaminio. Astuto, prudente y circunspecto, sin perder de vista á Anibal manteníase siempre á una conveniente distancia: nunca este le pudo obligar á combatir. Murmurábanle las tropas y le llamaban el *contemporizador*, el pedagogo de Anibal. Sólo el cartaginés sabia apreciar en su verdadero valor aquel sistema militar. Logró una vez Fabio estrechar á Anibal cerca de Casilino en la Campania. Pero el sagaz africano, recordando la estratagema que en otra ocasion habian empleado con su padre los celtíberos, soltó en direccion de los romanos dos mil bueyes con sarmientos encendidos sobre las astas, y á favor del desórden que esparcieron en las filas enemigas logró salvar el desfiladero.

Gran descontento causó en Roma esta noticia. Dióse á Minucio iguales poderes que á Fabio: atacó aquel con sus tropas á Anibal: cercóle este por todas partes, y le escarmentó: el temerario Minucio hubiera perecido sin la llegada de Fabio. Sin embargo, dimitió su dictadura. Los cónsules que le sucedieron adoptaron el mismo sistema de contemporizacion, hasta rayar ya en negligencia. Pero cansado el pueblo de tantas dilaciones, y persuadido de que los nobles prolongaban con deliberada intencion la guerra, quiso tener un cónsul verdaderamente plebeyo, y nombró á Varron (2), que blasonaba de que le bas-

(1) Polib. ibid.

(2) Era Terencio Varron hijo de un carnicero.

taba un día para ver el enemigo y vencerle. Fué asociado el patricio Paulo Emilio, amigo y discípulo de Fabio Máximo. Tan presuntuoso Varron como Sempronio y como Flaminio, y mas confiado que ellos, acampó cerca de Anibal á las márgenes del Aufido, cerca de Cannas. Sordo á los consejos de su colega, empeñóse en combatir á todo trance. Por desgracia de Roma tocábale aquel día el mando á Varron que (era costumbre alternar en él diariamente los cónsules), y desplegó arrogantemente delante de su tienda el manto de púrpura, señal de la batalla. Regocijóse grandemente Anibal y la aceptó.

Dejemos á los historiadores romanos la sentida descripcion de la memorable batalla de Cannas, que inmortalizó á Anibal, que le señaló al mundo como el mejor capitán de los tiempos antiguos, y que llenó de luto y de estupor á Roma. Diez y seis legiones, que componian ochenta mil infantes y siete mil caballos, habian presentado los romanos al combate. Acrecia sus filas la flor de los caballeros romanos. Menos de la mitad eran en aquella sazón los de Anibal. Peleaban con él los galos con sus largas espadas, los españoles con sus cortos y aguzados sables, los terribles honderos mallorquines y la feroz caballería nómida. Cebáronse unos y otros en la matanza y cansáronse sus brazos de acuchillar enemigos. Mas de cincuenta mil romanos quedaron tendidos en la arena; prisioneros de diez á doce mil. Acribillado de heridas cayó el valeroso Paulo Emilio, que exhaló su grande alma enviando á decir á Roma que cuidara de su propia defensa. Perecieron multitud de senadores, de tribunos, de generales y de caballeros. Tres modios y medio de anillos arrancados á los cadáveres fueron derramados en el vestíbulo del senado de Cartago (216.)

Vistió Roma de luto. La abandonó la Italia meridional y ofreció su alianza á Anibal: hicieron otro tanto el Abruzzo, la Lucania y varios otros países. Anibal marchó adelante, y enarboló la bandera de Cartago en una colina desde donde se divisaba la ciudad eterna. Roma temblaba, y temblaba con razon, porque rugia demasiado cerca el terrible leon nómida. Pero alejóse Anibal, y fué á establecer sus cuarteles de invierno en Capua. Entonces fué cuando le dijo Maharbal aquellas célebres palabras que tanto despues se han repetido: *Sabes vencer, Anibal, pero no sabes aprovecharte de la victoria*. No discutiremos nosotros si obró ó no prudentemente en no acometer á Roma. Dejémosle gozar *las delicias de Capua*, que tanta celebridad adquirieron en la historia, y que tan fatales fueron á su estrella, y veamos lo que en España durante su famosa expedicion acaecia.

Muy diverso rumbo llevaban y con mas próspero viento corrian las cosas en España para los romanos del que allá en Italia les soplabá. Arribado que hubo Cneo Escipion, el hermano de Publio, á Ampurias, primer pueblo español en que penetraron las águilas romanas, procuró atraer á sus banderas á los naturales, que descontentos de los cartagineses, sin gran dificultad aceptaron la alianza de un hombre que se presentaba, no como conquistador, sino como reparador del agravio hecho á los saguntinos. Tal era la política de Roma. Así dominó pronto toda la costa oriental desde los Pirineos hasta el Ebro (218). Pero necesitaba el romano adquirir el prestigio de vencedor y adornarse con la aureola del triunfo. Proporciónósele Hannon, á quien vimos habia encomendado Anibal la defensa de esta parte de España, con una batalla en que sucumbieron cinco ó seis mil cartagineses, quedando prisionero él mismo, y cayendo además en poder de los romanos los bagajes que Anibal al pasar á las Galias dijimos habia dejado confiados al español Andubal. De buen agüero fué para los supersticiosos romanos el resultado del primer combate que se daba en España entre las armas de las dos repúblicas.

No fué mas venturoso Asdrúbal en una expedicion marítima que para vengar el desastre de Hannon emprendió la primavera siguiente. Cuarenta naves cartaginesas habian salido de Cartagena á las órdenes de Himilcon, mientras Asdrúbal con el ejército marchaba por tierra costeando en la propia direccion para proteger la esquadra. Súpulo Cneo, y partiendo de Tarragona con una armada de treinta y cinco velas, logró sorprender la de Cartago á las bocas del Ebro; apresó veinticinco naves, echó las otras á pique ó las hizo varar en la costa